

ta. — Sí, señor. — Y acabaréis en ella pacíficamente vuestros días. — Sí, sí, señor.

Á la mañana siguiente montámos á caballo los tres, y llegámos á Versevil á la hora de comer. Me adelanté á mis nuevos huéspedes, subí al cuarto de mi hija, que estaba muy inquieta por mi ausencia, y no se atrevió á preguntarme el motivo. Hija mia, le dije, traigo dos amigos á comer, y aunque sé que no estás muy buena, quisiera que te esforzases á hacernos compañía en la mesa. — Si pudieseis dispensarme... — Me será muy sensible. — Pues bajaré. Así lo hizo; se sentó á la mesa conmigo, y los convidados no parecían; ella miraba á todas partes, sin saber en qué consistía esta novedad, cuando entraron mis nuevos parientes. ¡Cielos! ¿qué veo? exclamó Eugenia.

Hice sentar á Eusebio junto á su amada, á quien dije: Hija mia, esta es una comida de familia; porque tienes á tu lado á tu esposo, y este anciano será en adelante tu segundo padre.

No os explicaré la alegría de los dos amantes; solo os diré que se casaron á los pocos días, y que mi hija y yo cada día agradecemos al cielo con el mayor fervor la felicidad que nos ha proporcionado.

Apénas habia acabado de hablar Mr. de Versevil, cuando llegaron sus hijos, y se arrojaron á sus brazos. ¿Cómo está tu padre? preguntó el conde á su yerno. — Muy bueno y me ha encargado que os dijera mil cosas... — Y ha hecho, añadió Eugenia, infinitas caricias á mi niño. — Yo lo creo; es grande satisfacción el verse uno reproducido en sus nietos.

Mr. y madama Ledoux repararon entónces en nosotros, y saludaron á Palemon, que no se cansaba de admirar las gracias de estos jóvenes esposos: habló con ellos y con su padre algun rato; luego se despidió, y volvió con toda su familia á la granja hablando de la interesante historia que acababan de oír.

TARDE XXXI

LA JUSTICIA

Todo en el mundo es falible;
Todo está sujeto á error;
Solo el Supremo Hacedor
En la ciencia es infalible.
Su poder indefinible,
Equitativo desquicia
Lo que ignorancia ó malicia
Del hombre quiso fallar,
Porque siempre ha de brillar
Pura y recta su justicia

La historia de Mr. Ledoux habia interesado á Armando mas que á sus hermanos. Ya suponía que el talento allana las distancias de la riqueza ó de la cuna; pero se admiraba que se hallasen hombres tan poco esclavos de la preocupacion, que sin oposicion entregasen sus hijas al hijo de un labrador. Él tambien estudiaba, dibujaba, sabía música y otras habilidades que, aunque escaso en bienes de fortuna, le permitian aspirar á un brillante partido, y esto le sirvió de un poderoso estímulo para aplicarse mas en adelante.

Embebido se hallaba en estas reflexiones cuando Palemon le envió á llamar: subió al cuarto de su padre, y este le dijo: Hijo mio: como tú eres el mayor de mi familia, debes sustituirme en mi ausencia; y así, por dos ó tres días te encargarás del cuidado

de la casa. Miguel, el labrador vecino, no va á Paris, como pensaba; y he resuelto hacer este viaje para entregar yo mismo á Mr. Bertier el dinero que necesita mi bienhechor Delacour: está muy infeliz y no debo perder un instante en su alivio; pues el necesitado que espera un pago ó un socorro, cuenta los dias, las horas y aun los minutos, y es obligacion muy sagrada socorrerle con prontitud. Voy, pues, á ponerme en camino; tú como mayor, y que ya no se te puede llamar muchacho, debes tener grande vigilancia, y cuando vuelva me participarás todo lo ocurrido en mi ausencia; pero delante de tus hermanos, pues no me gustan delaciones secretas, que suelen rebajar ó exagerar las cosas. Esta es la llave de mi papelera, donde hallarás el dinero necesario para mantener la casa en mi ausencia, que, á lo mas, será de cuatro dias; y llevarás una razon exacta de todo el gasto. — Padre, mucho agradezco vuestra confianza; y espero que á la vuelta os convenceréis de que no la he desmerecido. — Así lo creo, hijo mio. Inmediatamente se difundió por la casa la noticia del viaje del anciano, que consternó á los muchachos: parecia que estos se veian amenazados de la mayor desolacion, y que perdian para siempre todas sus satisfacciones, sus placeres y felicidad. Palemon los reunió, y les dijo: Sabed que trasfiero todos mis derechos á vuestro hermano Armando; obedecedle como á mí mismo; seguid sus consejos, que yo desde ahora apruebo cuanto él hiciere.

Los muchachos abrazaron á su padre, derramando lágrimas, mientras que la buena Marcela, en un rincon de la sala, murmuraba entre dientes porque no se la confiaba el manejo de la casa. Palemon montó á caballo, se despidió de sus hijos, y partió.

Parecia que la casa se habia convertido en un melancólico desierto al faltar la presencia del anciano. Todos los muchachos se miraban con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas; y Armando, con cierto aire de autoridad, les encargó que fuesen á entregarse á sus respectivas ocupaciones; pero todos se negaron, y fué el primer movimiento de insubordinacion, y acaso de envidia, especialmente de parte de Benito y Adela: en aquel era efecto de un sentimiento vil que no sabia vencer, y en esta un exceso de vanidad que le inspiraba la reflexion de que era mas natural fiar el cuidado de la casa á una persona de su sexo. Armando se enfadó y le contradijeron; replicó y le contestaron; véase pues la guerra declarada. Armando, colérico como un tigre, se retiró á su cuarto, diciendo que él apuntaria dia por dia, y hora por hora, todos los actos de desobediencia de sus hermanos; pero

estos le dejaron decir, se le rieron en su cara y se fueron todos á jugar al patio, á cuya puerta se presentó un hombre que traia un bulto bastante grande, y dirigiéndose á Benito, le dijo: ¿Vive aquí el labrador Palemon? — Sí, señor. — Siendo así, entregadle este regalo. — ¿De parte de quién? — El que le envía no quiere ni aun que se sospeche quién es: á Dios.

El hombre se retiró; y Benito, confuso, levantó un blanquísimo lienzo que cubria una soberbia empanada, cuyo delicioso olor excitaba el apetito. Al momento le rodearon los demas, y le preguntaron: ¿Qué te ha dado ese hombre? — Una empanada. — ¿Para quién? — Para papá. — Quién la envía? — No ha querido decirlo, ni el que la envía quiere que se sepa. — Veámosla: ¡caramba! ¡qué grande! ¡qué buena pasta! ¡qué olor! — Atended, dijo Benito, me ocurre una idea; papá está ausente, y tardará en volver; no sabrá quién le ha hecho este regalo, y tampoco necesitamos decirselo á Armando. Guardémosla, y la comeremos á las horas de merendar. — ¡Oh! no, dijo Adela; eso sería mal hecho. — Pues bien, si eres tan escrupulosa, no probarás ni un bocado. — Si padre lo sabe... — ¿Pero quién se lo ha de decir? ¿nosotros? — Pero... — Vaya, vaya, ¡tantas ceremonias para comer una empanada! Yo sabré decidirte, dijo Benito; y al instante arrancó un pedazo de la sabrosa pasta, se la engulló á vista de sus atónitos hermanos, y luego exclamó: ¡Qué buena! ¡qué rica! ¡no he probado cosa mejor en mi vida!

¿Qué partido debian tomar sus hermanos? ¿se lo dirian á Armando? ¿Permitirian que Benito solo se regalase? La empanada ya habia sufrido una embestida; una de sus murallas estaba con brecha abierta, y esta no se podia cubrir; el asalto era fácil; por tanto, se resolvieron á darle, y cada cual, como valiente campeon, se armó de un resplandeciente cuchillo para arruinar los indefensos flancos de aquella plaza. Pero sería imprudencia hacerlo en el patio: un cenador de la huerta era sitio mas á propósito para consumir el sacrificio; atropelladamente cogió cada cual un pedazo que se iba comiendo por no perder tiempo, y Benito se llevó el resto al cenador: allí no podian ser descubiertos, ni temian que se declarase su arrojo por parte del que habia enviado el regalo: podian, á su parecer, ser golosos impunemente. Mas ¡ay! pronto se verá que nuestros héroes no lo habian previsto todo.

Cada cual de los muchachos se apoderó nuevamente de una porcion de la atractiva empanada; se deleitaban y saboreaban al

mismo tiempo que comian. Adela miraba con tiernos ojos á Leon, quien, como tenia la boca llena, nada la decia, así como tampoco Julio; y en tanto, Benito comia con tal ansia, que amenazaba no dejar migaja. Se regalaban, y ninguno hablaba. Nada les distraia, nada les divertia tanto como esta sabrosa ocupacion.

Cuando ménos lo esperaban se presentan Armando y Marcela: esta traia en la mano un pedazo de la misma pasta que devoraban con tanta complacencia. ¿Quién se lo habria dado no habiéndola llamado á comunidad? Vamos á saberlo. ¿Qué es esto? ¿qué hacéis aquí? preguntó Armando con una voz de trueno. — Hombre, yo no sé nada, respondió Benito metiendo en la faltriquera los restos de su racion. — ¿Nada sabes? replicó Armando; pues yo veo que todos estáis comiendo. Vamos, hablad. Todos permanecieron silenciosos. — No es difícil saberlo, aunque se obstinen en callar, dice Marcela; ya os he referido que me hallaba junto á la puerta de la leñera que cae al patio, donde está encerrado de dia nuestro perro *Galaor*, el cual gruñia sin cesar; y por saber lo que queria, le abrí; salió, y al instante vi que cogió un pedazo de empanada: dile un grito terrible, y como es tan dócil, lo dejó; yo lo recogí y os di parte, Armando, pues como en casa no habia la menor cosa de masa, al instante conocí que sería alguna picardigüela de estos señoritos; y ya estáis presenciando que se engullen sin duda algun regalo que hayan traído á vuestro padre, y del que no tendríamos noticia á no ser por el maravilloso olfato de *Galaor*.

Los muchachos quedaron aturdidos. No advirtieron que se les habia caido en el patio un pedazo de la empanada, cuando tanta prisa se dieron á tomar cada uno su porcion para no dejar de comer hasta llegar al cenador de la huerta. El pícaro perro, goloso como ellos, y excitado tambien su apetito por el olor, queria salir de la leñera para participar del banquete, y todo lo descubrió. No se atrevian á hablar ni una palabra. Armando volvió á preguntarles, y Leon fué el único que tuvo valor para decir la verdad. Hizo Armando que le entregasen el resto de la empanada, y sin detenerse fué á apuntar esta escena en su diario.

No pintaré la tristeza en que toda la mañana estuvieron sumergidos los golosos. Al declinar el dia se reunieron en el terrazo, no para jugar, no para divertirse, sino para suplicar á su hermano que borrara del libro verde una falta de que ya estaban muy arrepentidos. Armando se resistió, porque si su padre llegaba por casualidad á saberlo, le haria cargo de este injusto disimulo.

Los muchachos duplicaron sus ruegos, y Marcela, que tenia muy buen corazon, se puso de su parte, hasta que Armando consintió en borrar la nota, bajo la condicion de que sus hermanos, hasta el regreso de su padre, no volverian á ponerle en la precision de delatarlos. Todos se lo prometieron; la alegría renació en la asamblea, y aun excitó su risa el petardo que habia dado *Galaor* á los delinquentes. ¡ Es de maravillar, exclamó Benito, cómo se descubre todo! — Y por unos medios que no se pueden precaver, añadió Leon. — Dios lo dispone, dijo Adela. — Sí, concluyó Julio; el delincuente siempre comete alguna imprudencia que lo descubre.

¡ Si bien lo supierais! exclamó la buena Marcela. Yo sé una historia terrible, que tiene mucha conexion con lo que habéis dicho. — ¿Una historia? dijo Leon; ¿queréis hacernos el favor de contarla? — ¿Y por que no? — Pues bien, Marcela, referidnos esa historia si no es demasiado larga. — No por cierto, no es larga, y es muy interesante: mi madre conoció al pobre Aubri, que era un droguero, á quien le sucedió. — ¡Hola! ¿conque es una historia verdadera? — ¿Verdadera? lo mas que puede ser una historia: ahora la oiréis; estad con atencion. Los muchachos se acercaron á Armando, el cual temia que Marcela iba á fastidiarlos; pero por no desagradar á su buena ama de gobierno, se resolvió á escucharla. Marcela se quitó los anteojos, dejó la labor, y á su modo dió principio á la historia en estos términos:

Historia del droguero Aubri.

En una ciudad de provincia, que se llama... se llama... no me acuerdo... y es mucho, porque mi memoria es tan..... pero al cabo, el nombre de la ciudad no hace al caso; tal vez me acordaré conforme vaya hablando. Digo, pues, que vivia en una ciudad de provincia un droguero llamado Aubri, el cual entendia muy bien su oficio, y sabia hacer su negocio: tenia una infinidad de parroquianos, al paso que dos drogueros, que acababan de abrir tienda en una callejuela poco frecuentada, no despachaban sino muy pocos de sus géneros. Estos que eran jóvenes, y se llamaban los hermanos Martin, concibieron tal odio contra Mr. Aubri, que resolvieron perderle: para esto se valieron de muchos medios que no les aprovecharon; y Mr. Aubri, conociendo su mala voluntad, recurrió varias veces á la justicia para que contuviese sus insultos y calumnias. Pero ellos no se desanimaron; y viendo que les

era imposible vengarse abiertamente, se valieron de la traicion para deshacerse de aquel hombre á quien aborrecian.

Mr. Aubrí no tenia hijos, y le ayudaba en el comercio su mujer, que era de bastante capacidad. Para descansar de las tareas de la semana, habia comprado Mr. Aubrí una casita de campo, poco distante de los arrabales de la ciudad, y pasaba en ella todos los domingos. Su mujer salia el sábado por la mañana á fin de prepararlo todo para servir á su marido, el cual iba á su casa de campo el mismo dia, despues de haber cerrado la tienda, que era siempre muy de noche. Nunca atravesaba la ciudad; y tenia la costumbre de pasar por una calle de árboles, lindera á un bosque que estaba justamente detras de la ciudad, al pié de las casas del arrabal. Los hermanos Martin, que sabian todo esto, resolvieron aprovecharse de la soledad de la noche, y del tiempo en que pasara por allí Mr. Aubrí, para cometer la mayor iniquidad. ¿Creéis que le esperaron para asesinarle? nada de eso; mas astutos en su venganza, se manejaron de distinto modo.

Habia en la calle de Mr. Aubrí un mozo muy tonto y pesado, á quien él várias veces habia echado de la tienda porque le molestaba. Á este buscaron los Martin, y le dijeron: Nicolas, ¿quieres ganar diez luises? — ¿Pues no he de querer? vaya, vaya, ¿quién pregunta eso? — Pues bien; mañana que es sábado, á las nueve de la noche estarás en la calle de los Castaños, que allí nos encontrarás. Esta era precisamente la calle de árboles por donde pasaba Mr. Aubrí para ir á su casa de campo. Los malvados fueron á las ocho á aquel sitio; se ocultaron en el bosque, y vieron que Mr. Aubrí pasaba á la hora acostumbrada, sin recelar la menor cosa del horrible lazo que le disponian. Á muy breve rato se presentó Nicolas, reconociéronle, y salieron del bosque. Entónces el tonto les preguntó: ¿Y los diez luises? ¿qué tengo de hacer para ganarlos? — Poca cosa, respondió el mayor de ellos; aquí están, y serán tuyos con tal que grites tres veces de modo que te oigan: *Mr. Aubrí, ¿qué os he hecho? ¿por qué me queréis asesinar?* — ¿No es mas que eso? repuso Nicolas riéndose: ¡valiente empeño! pero supongo que no le vendrá mal á Mr. Aubrí. — ¿Qué mal? vaya comienza: dílo tres veces, y el dinero es tuyo.

El infeliz gritó á todo gritar, por dos veces: *Mr. Aubrí, ¿qué os he hecho? ¿por qué me queréis asesinar?* — Mas fuerte y con mas dolor, le dijo el mayor al oído; y Nicolas volvió á repetir con voz dolorosa las mismas palabras. Apénas acabó, reclamó la suma prometida; pero ¡oh maldad! el hermano mayor le tiró un pis-

toletazo, y cayó muerto á sus piés. ¿Os estremecéis, hijos míos, y os compadecéis acaso del pobre Nicolas, víctima de una astucia á que se habia prestado sin saber cuáles serian las consecuencias? Esperad, y oiréis cosas que os maravillen.

Los dos hermanos tomaron su dinero, y dejando en aquel sitio el cadáver de Nicolas, se retiraron por sendas extraviadas, y volvieron á la ciudad. Entre tanto, á las voces de Nicolas y al tiro se abrieron las ventanas de las casas que caian hácia aquella parte, y desde ellas clamaron las gentes: *Favor... justicia... al asesino...* Los criminales esparcieron la voz de que pasando casualmente por junto á aquella calle de árboles habian visto el modo horrible con que trataba Mr. Aubrí á un tal Nicolas: que tambien los habian visto luchar; y que al fin Mr. Aubrí habia tirado un pistoletazo, pero que ignoraban el resultado.

Los vecinos acudieron y rodearon el cadáver; llegó la justicia, se informó, los Martin declararon lo que llevo referido, y los vecinos dijeron que habian oido las exclamaciones de Nicolas. Fué la justicia á la casa de campo de Mr. Aubrí, y le encontraron cenando tranquilamente con su mujer, sin el menor recelo de la desgracia que le esperaba. Le prendieron, le encadenaron, y le llevaron á la cárcel. Preguntó el motivo de su prision, y solo le dijeron que bien lo sabia. Al infeliz le presentaron al dia siguiente el cadáver, y se estremeció al verse acusado de asesino. En vano negó, en vano representó el ningun interes que le resultaba de cometer semejante homicidio, pues los dos hermanos sostenian haberle visto matar á Nicolas, y otros testigos insistian en las exclamaciones de este ántes de oír el pistoletazo. El desgraciado Aubrí, nada sabia de estas declaraciones; pero sí presumia que su desgracia era obra de sus enemigos, los únicos que se presentaban como testigos de vista, y los mas encarnizados en su pérdida. El juez, hombre íntegro y delicado, daba, como dicen, largas al asunto, porque no podia persuadirse de que fuese delincuente un hombre de su reputacion, y cuya buena vida y costumbres eran generalmente conocidas. Pero en fin el asunto aparecia claro: habia dos testigos de vista y mil de oídas; la prueba rayaba en evidencia: el crimen de Aubrí por este medio estaba probado. Ya se habia valido de cuantos medios le sugirió su inocencia, pero eran débiles contra pruebas tan concluyentes. El desgraciado Aubrí fué condenado á horca, y sufrió la pena en la misma ciudad donde habia sido estimado por su buena conducta y probidad. ¿Lloráis, hijos míos! eso prueba vuestro buen corazon. Pero

voy á lo mas admirable de este suceso, que parece increíble, aunque se verificó ni mas ni ménos como yo lo cuento. Por casualidad, uno de los cirujanos del pueblo estaba de concierto con el verdugo para que le entregase el cuerpo del primer delincuente que fuese ajusticiado, á fin de hacer la diseccion del cadáver. Cabalmente el cirujano era amigo de Mr. Aubri : juzgad cuál sería su dolor viendo entrar en su casa el cadáver de un hombre á quien habia estimado, y á quien nunca habia creído culpado. Pero ¡ oh juicios de Dios ! cuando el sensible cirujano estaba tristemente contemplando el cuerpo, un ligero suspiro que exhaló le hizo ver que no estaba inanimado. Llamó á su mujer y le dijo : Amiga mia, hé aquí á Mr. Aubri ; aun puedo salvarle ; solo quiero que me ayudes á ponerle en esta cama, y que el secreto quede sepultado entre nosotros.

Estos dos compasivos esposos aplicaron el mayor esmero en socorrer á Mr. Aubri, el cual, despues de algunos dias, recobró sus sentidos, y al cabo de un mes el uso de la voz. Todo lo que habia pasado le parecia como un sueño ; miraba dónde se hallaba, y se maravillaba ; pero el cirujano y su esposa le estrecharon en sus brazos ; él los reconoció y cayó en un delirio, convencido de la triste realidad de su suplicio. Poco á poco se fué recobrando ; y cuando ya pudo hablar, agradeció á sus amigos tantos favores, y les juró que se hallaba inocente. Madama Aubri recibió la noticia del estado de su esposo con la mayor alegría ; pero supo contenerla y portarse con discrecion. En fin, su marido se restableció del todo, quedándole solo una especie de ronquera que hacia su voz desagradable, y la cabeza inclinada hácia la espalda ; pero, aunque estropeado para toda su vida, vivió á lo ménos para acreditar su inocencia. Este era su designio, del que no se apartó á pesar de los prudentes consejos de sus amigos, y de las lágrimas y ruegos de su esposa, á quienes dijo : Pues unos malvados me han perdido, yo tambien quiero perderlos, para lo cual se me proporciona un medio excelente. Ya han pasado ocho meses desde que sufrí mi castigo, y estoy tan otro, que casi es imposible conocerme. Me presentaré al juez, en quien reconozco mucha integridad, y le diré : la franqueza con que me presento os descubre mi inocencia ; y no podrá ménos de creerme. Ademas de esto, os vuelvo á decir que tengo un medio excelente para confundir á mis asesinos.

Á pesar, pues, de las reflexiones de sus amigos, Mr. Aubri esperó á una noche en que se halló mas fuerte para atravesar la ciu-

dad, y se presentó en casa del juez de su causa. Pidió audiencia, y le introdujeron en el gabinete del magistrado, á quien dijo : Señor, ¿ me conocéis ? — Á la verdad... tengo alguna idea... muy confusa... ántes de ahora os he visto. — Así es : tenéis en vuestra presencia, señor, al desventurado Aubri. — ¿ Vos ?.. ¡ Cielos ! — Sí, señor : yo soy el infeliz Aubri ; vivo por una dichosa casualidad, y vengo á juraros mi inocencia. — ¿ Vuestra inocencia ? pues yo os he sentenciado sobre pruebas bien claras y convincentes. — Yo no sé cómo se ha conducido este asunto ; ignoro los manejos de mis calumniadores ; pero me hallo inocente. Os lo juro ; ¿ á ser criminal, me presentaria á vuestros ojos ? — Es cierto... (el juez quedó un rato pensativo, y luego añadió) es muy cierto ; y aun os confieso que me ha costado mucha repugnancia creeros culpable de tan atroz delito. Sosegaos, buen hombre, y hablemos. Decidme : ¿ no sospecháis quién ha podido perderos ? — Los dos hermanos Martin eran mis enemigos declarados. — ¡ Ciertamente que sus declaraciones han sido terribles ! ¿ pero los vecinos que oyeron las voces de Nicolas ?... — Eso me confunde, no sé á qué atribuirlo ; pero mis enemigos, sin duda darán la explicacion de este enigma. Haced que vengan á esta casa ; yo concurriré á la hora que me señaléis, y oculto detras de estos tapices... — Ya os entiendo... Venid mañana á las siete de la noche ; los citaré, y veremos si se puede descubrir algo.

Despidióse Aubri del juez, el cual mandó al instante que los dos Martin se presentasen á las siete y média de la noche del siguiente dia. Estos miserables gozaban tranquilamente el fruto de su perfidia. Desde la ruina del inocente Aubri, prosperaba su comercio, y cada dia se aplaudian entre sí del partido que habian tomado. Cuando les intimaron la orden del magistrado, no concibieron la mas leve sospecha del objeto para que eran citados ; y creyendo que sería para alguna cosa relativa á su comercio, se presentaron á la hora señalada. El juez, afectando mucho misterio, les hizo entrar en su gabinete, y cerró la puerta con toda seguridad ; pero quedaron atónitos al oír las razones del magistrado, que fueron estas : Amigos míos, yo os he llamado para ver si puedo conseguir el sosiego de mi alma y de mi cuerpo. Hace ocho meses que me siento interiormente atormentado, y el sueño huye de mis ojos. ¿ El droguero Aubri, á quien condené por vuestras deposiciones, era efectivamente criminal ? — ¿ Pues, señor, ahora tenéis esa duda ? — La tengo, sí, y muy fundada. ¡ Conque vosotros le visteis en el momento !... — Sí, señor, le vimos lo mis-

mo que ahora os vemos. — Mucha es mi inquietud. — Perdonad si no os entendemos ; ¿ al cabo de ocho meses tenéis escrúpulos, y volvéis á examinarnos sobre los delitos de aquel malvado ? Nosotros fuimos testigos como los demas, y á esto se reduce todo. — Voy á hablaros con franqueza. Acaso me tendréis por ignorante y aun iluso ; pero lo cierto es que se me aparece el difundo Aubri... le veo... me jura su inocencia, y os acusa á los dos. — Pero perdonad si nos atrevemos á decir que eso es una extravagancia : ¿ es posible que creáis semejantes ridiculeces ? ¡ un magistrado ! — Sí, señores, las creo porque las veo. — Sin duda os queréis chancear. — No por cierto : veo á aquel infeliz por las noches ; se me presenta como un horroroso espectro. — Pero si eso fuese así, mas regular sería que se nos apareciese á nosotros, nos degollara, ó... ¡ qué sé yo !... vaya, vaya : señor, esas son ilusiones y cuentos de viejas : los muertos no vuelven por acá. — Sin embargo, algunas veces... ¿ pero que diriais si le vierais como yo le veo ? — Eso es imposible. — Me ocurre una idea, y es que nos pongamos á orar ; pudiera ser que se apareciese en este mismo cuarto. — ¡ Ya teníamos que esperar ! — Para Dios no hay imposibles : hagamos lo que he dicho. — Pero, señor... — Amigos, hacedme este favor : ¿ qué os cuesta satisfacerme ? ¿ tal miedo tenéis de ver á Aubri, que no podriais soportar, como yo, su presencia ? — No es eso, señor ; sino que no somos tan simples que creamos... — Pues bien, si nuestra oracion no produce efecto, yo os permito que os riáis cuanto quisierais de mi credulidad. Pongámonos de rodillas, y procuremos juntos aplacar el alma de aquel desdichado.

Los dos hermanos se miraban atónitos sin que pudieran concebir cómo cabia tan ridículo pensamiento en un magistrado ; pero al cabo se resolvieron á complacerle, y todos se arrodillaron delante de una santa imágen del Salvador. Entónces el juez exclamó : Alma del desgraciado Aubri : si no cometiste el crimen que te imputaron, y si te es permitido dejar la region de los muertos para confundir á los vivos, te ruego que te presentes... Los hermanos se echaron á reír ; pero el magistrado, sin hacer caso, prosiguió : Alma del desdichado Aubri : ven á confundir á tus calumniadores.

Á estas palabras, Aubri, vestido de blanco, salió de donde estaba escondido, y señalando á los hermanos, dijo : Vedlos aquí : estos monstruos son los que me calumniaron. Los delincuentes, aterrados con tan inesperada aparicion, cayeron en tierra, y solo

pudieron decir : Sí... sí, tiene razon ; nosotros dimos muerte á Nicolas : retírate, horrible fantasma y déjanos lugar para el arrepentimiento.

Aubri se retiró. Unos testigos, prevenidos para el efecto, oyeron la declaracion de los dos miserables, que al instante fueron encerrados en la cárcel, donde expusieron todas las circunstancias del caso, y recibieron luego el correspondiente castigo. El pobre Aubri vindicó su honor ; se le dieron todas las posibles satisfacciones públicas y pasó dias felices acompañado de su querida esposa, del cirujano y su mujer, á quienes habia debido tanta dicha.

Esta es la historia, hijos míos. Por ella veis que Dios nada deja sin castigo, y que tarde ó temprano se llegan á descubrir los delitos. Mucho hablaron los muchachos sobre este suceso, y mucho rieron pensando en el terror que causaria á los malvados la repentina aparicion de Aubri. Armando se sonrió viendo la satisfaccion que experimentaba la buena Marcela por la impresion que habia hecho el suceso en sus hermanos ; pero se propuso no dar lugar al insaciable deseo que ella tenia de hablar, y todos se retiraron muy complacidos del entretenimiento de aquella tarde.